



Prólogo

El verano en Tarija no llega, se deja caer como un borracho en la plaza Sucre, lento y pesado, con el sol lamiendo los techos y el aire lleno de polvo y guitarras. En esos días, todo huele a parrillada, a vino y a promesas de amores que solo duran una temporada.

Los changos regresan de todas partes, como si la ciudad los llamara en susurros de zamba, y las comparsas se arman en las esquinas con el descaro de quienes creen que la noche nunca termina. Es tiempo de fútbol en las canchas secas, de risas que rebotan contra las paredes del Molino, de promesas al viento y de juramentos que se deshacen con el primer trago.

En esta historia no hay héroes ni santos, solo recuerdos dispersos como papel picado después del Carnaval. Aquí se juega, se sufre, se ama y se olvida, porque así es Tarija cuando arde el verano: un perfume efímero, embriagador y condenado a desaparecer con la primera lluvia.

Lic. Mauricio Martinez Burgos

La Magia del Verano

****Y aquí estoy festejando mi gol en la final del campeonato de fútbol más importante intercomparsas de Tarija: "La Intercuerdas".**** Es un momento mágico, donde el sonido de los gritos y aplausos de la gente te atraviesa el alma. ¡Quién diría que llegaría hasta aquí! Muchos se estarán preguntando cómo llegué a este punto, y, bueno, ¡es una historia larga, pero te la cuento!

Todo comienza en Santa Cruz de la Sierra, una hermosa ciudad de Bolivia, pujante como ninguna otra, podría narrar hermosas poesías sobre sus grandiosos paisajes, su amable gente pero todo eso lo viví muy poco, yo era el famoso niño castigado, para ser sinceros todas las veces con justa razón, así que lo pasaba encerrado jugando PlayStation en mi casa y hablando por teléfono.

Lo único que siempre esperaba, ansioso como perro en carnicero, era mi vacación de verano en Tarija. Ahí sí que todo cambiaba. En Tarija el castigo se disolvía como azúcar en café y por fin podía vivir mi libertad, como si de repente el mundo entero fuera mío para disfrutar. Al llegar, la primera parada era la piscina, ¡sin falta! no necesitaba avisar a nadie ni planearlo mucho, (estamos hablando del año 2002 casi nadie usaba celular, peor otras redes sociales). Ahí me daba cuenta que mi seguridad de encontrarme con amigos era 100% segura si solo salía a la calle.

Después de refrescarme y hacer grupo, la siguiente parada era la Plaza y plazuela Sucre para buscar unos helados y seguir encontrándome con más amigos.

Es ahí donde recién me encuentro con mi comparsa los grandes Chinpandolfos, un grupo que se fue formando desde pequeños en la calle, sin importar de que Colegio, familia o estado económico, solo importaba que seas divertido, cómplice y que estés dispuesto a muchas aventuras.

Así que a diferencia de la gente normal que después de volverte a ver después de mucho tiempo su saludo no era "Hola, tanto tiempo, Cómo estás? Que bien que llegaste! Sino: ah no! miren si no es más que el cambia que mira canales mexicanos! (aunque yo sea chapaco, alguien que es de Tarija).

Mucha gente no sabe pero en verano en Tarija se encuentran todas las clases de chapacos del mundo, están los chapacos del lugar, los chapacos cambas que llegan de Santa Cruz, los chapacos Collas de La Paz, los chapacos Cochalas, los chapacos chaqueños, los chapacos gauchos, chapacos árabes, los chapacos alemanes, entre otros.

Es una transformación silenciosa pero palpable, que comienza con la llegada de diciembre, cuando el aire caliente trae consigo rumores de reencuentros y fiestas interminables.

Los chapacos del lugar, esos que nunca han dejado su tierra. Se les reconoce por el modo pausado de hablar, como si cada palabra tuviera que reposar en el aire antes de ser soltada, y por su andar tranquilo, casi ajeno a las prisas del mundo moderno. Pero no hay que confundir su hablar cantado con su rapidez para tomar ventaja, claro, con su característica chispa.

Luego, poco a poco, van apareciendo los chapacos cambas, esos que viven en Santa Cruz y vuelven cada año buscando el alivio de las sombras de los lapachos y el consuelo del vino patero. Su acento mezcla el arrastre oriental con el tonito tarijeño, y traen consigo historias de tierras más verdes, donde el calor es sofocante pero la vida corre ligera.

Después llegan los chapacos collas, esos que viven en La Paz. Su andar es más apresurado, sus voces un poco más cortadas por el frío y siempre con un poquito de ingles, pero en verano regresan a Tarija como si volvieran a la raíz misma de sus almas. Los ves en cada esquina, reencontrándose con primos, amigos y amores de antaño, con las mejillas encendidas por el vino y el corazón lleno de nostalgia.

Y están también los chapacos cochalas, que vienen de Cochabamba, trayendo consigo la alegría desbordante de sus fiestas y su peculiar manera de mezclar las costumbres chapacas con las del valle. Llegan con chistes listos, dispuestos a disfrutar del verano como si no existiera un mañana.

No faltan los chapacos gauchos, con acentos que arrastran un eco argentino. Se mueven por las calles de Tarija con naturalidad, como si el cruce de fronteras no fuera más que un trámite simbólico.

Y entre todos ellos, una sorpresa que pocos esperan: los chapacos alemanes o de otros países de Europa, descendientes de aquellas familias que llegaron hace décadas buscando un rincón donde echar raíces. A veces no se les distingue, pero también son conocidos por su amor incondicional a la música, al vino y a la fiesta tarijeña. De último pero no menos importantes los chapacos árabes, que parecen sacados de una novela de mercaderes pero con el acento tarijeño bien marcado.

Y por supuesto, no podemos olvidarnos de los chapacos chaqueños, los hijos del llano, curtidos por el sol y el viento del Gran Chaco. Llegan a Tarija con ese aire de orgullo que solo quien enfrenta la dureza de la vida chaqueña puede tener. Su tonada es una fusión encantadora entre el acento chapaco y el ritmo más seco del Chaco, y su humor, seco y directo, tiene la capacidad de desarmarte en segundos. Los chaqueños son narradores natos, capaces de convertir una tarde cualquiera en un evento inolvidable con sus relatos de ganado, caminos polvorientos y noches estrelladas.

En verano, Tarija es un mundo aparte. Un lugar donde todas estas versiones del chapaco se mezclan en un torbellino de risas, abrazos y coplas, recordándonos que ser chapaco no es solo cuestión de geografía, sino una forma de vida, un modo de mirar el mundo con ojos alegres y corazón tranquilo. Y es precisamente en esos días, bajo el sol ardiente y las noches estrelladas, cuando Tarija se convierte en el epicentro de historias que parecen sacadas de un realismo mágico, donde cada encuentro es una promesa de aventuras y cada despedida, un “hasta pronto” que se lleva el viento.

Así es Tarija en verano: un mosaico de rostros y acentos, una tierra que recibe a sus hijos dispersos y les recuerda que, sin importar dónde estén, siempre serán chapacos.

Y después de acercarnos mutuamente en medio de carcajadas, tomadas de pelo y abrazos, Enrique me comenta los planes de fin de año, que estamos en la gran organización de la

fiesta de año nuevo una vez más, pero esta vez nos uniremos con otras comparsas. A lo que Conejo agregó “Esta fiesta va ser especial no Enrique? El 2003 va ser el fin del Mundo, un Planeta chocara con la Tierra”.
Generando risas en el grupo.

A eso acotó mi amigo Gonzo que siempre me tomaba en cuenta para el Fútbol, aunque siempre fui una estrella... en la banca, que me anoten en la lista de jugadores para el Intercuerdas, campeonato donde participaban 8 equipos, cada uno con ansias de gloria.

Que Gonzo pidiera que me incluyan en el torneo de Intercuerdas no era algo nuevo. Ese gesto lo llevaba en la sangre desde que éramos niños. Gonzo siempre tuvo ese instinto de cuidar a los suyos, de asegurarse de que sus amigos estuvieran a su lado. Aquella vez, cuando estábamos en lo que ahora es sexto grado nos ofrecieron jugar en el Club Atlético San Roque, fue una de las primeras demostraciones de esa lealtad que, hasta hoy, sigo valorando.

Yo era nuevo en la ciudad. Y no tenía el reconocimiento que otros chicos ya tenían en el ámbito futbolístico. Gonzo, en cambio, ya era una figura destacada. En nuestra edad, pocos tenían su nivel: era el goleador y campeón del torneo con La Salle y su nombre resonaba como el de uno de los mejores jugadores. Yo no tenía esos pergaminos. Si bien después había sido nombrado capitán del equipo B de mi curso, no fui tomado en cuenta para el equipo principal del colegio. No era una estrella, y lo asumía sin problema.

Pero ese año, las vueltas de la vida me regalaron una lección que hasta hoy guardo en el corazón.

Un día, en un año que vivía en Tarija, mientras caminábamos de ida a nuestro colegio, apareció un entrenador que buscaba formar un equipo para competir en el torneo municipal. Era del Club Atlético San Roque, un equipo con ambiciones de figurar en la liga. Se acercó directo a Gonzo, lo miró fijamente y le dijo:
—Quiero que juegues para nosotros.

Yo me quedé al margen, escuchando en silencio. Gonzo era el foco de atención, y yo simplemente estaba ahí, acompañándolo. Pero lo que sucedió a continuación me sorprendió. Gonzo no se limitó a aceptar la propuesta; hizo algo que no muchos habrían hecho en su lugar.

—¿Y podría jugar mi amigo también? —preguntó, señalándome.

El entrenador, un poco confundido, miró a ambos y respondió:

—Si aceptas, puedes traer a los amigos que quieras.

Ese gesto, simple pero significativo, me hizo entender lo que realmente importaba para Gonzo. Él podía haber seguido en un equipo ganador, asegurarse trofeos y reconocimiento, pero prefirió algo más valioso: jugar con sus amigos. Ese día me demostró que, para él, la amistad estaba por encima de cualquier gloria individual.

Después de ese encuentro, comenzó nuestra pequeña cruzada. Gonzo y yo nos dedicamos a buscar a los demás. Nos convertimos en reclutadores improvisados, preguntando en clases, en nuestro barrio y convenciendo a nuestros amigos de que se sumaran al Club Atlético San Roque.

Cada vez que alguien aceptaba unirse, celebrábamos como si ya hubiéramos ganado un campeonato. No importaba si éramos los mejores o si teníamos alguna posibilidad real de ganar. Lo que nos emocionaba era la idea de jugar juntos, de compartir esa aventura. Lastimosamente el resto del equipo de la Salle no siguió ese entusiasmo, y solo tres nos siguieron en la aventura, Pety, Carlos Fernández y Basswerner.

Más risas que táctica

Los entrenamientos fueron un espectáculo en sí mismos. Las prácticas parecían más un recreo extendido que una preparación seria. Hacíamos bromas, inventábamos jugadas imposibles y, sobre todo, nos reíamos. Cada uno aportaba su estilo, su manera particular de ver el fútbol y la vida.

Cuando llegó el torneo, la realidad fue muy distinta a la fantasía que habíamos imaginado. Perdimos más partidos de los que puedo contar, y los resultados eran desastrosos. Pero más que amargarnos... nos reímos por más paliza que nos daban. Cada derrota se transformaba en una anécdota, en un chiste que nos ayudaba a seguir adelante.

En medio de aquella dinámica peculiar, mi conexión con Pety, nuestro arquero, se volvió algo más que una simple complicidad de equipo. Éramos los encargados de recibir los ataques del rival, los que quedábamos expuestos cada vez que nuestra línea de defensa era superada. Esa vulnerabilidad compartida, ese saber que estábamos juntos en la trinchera, nos unió de una manera que iba más allá del deporte.

Fue así como, en un instante de absoluta derrota tras un gol humillante, sellamos un pacto que sólo los niños pueden imaginar y ejecutar con la mayor solemnidad. Nos dimos la mano, pero no era un apretón cualquiera. Era un pacto de hermanos de saliva, como nosotros mismos lo bautizamos. Con las palmas manchadas de sudor, tierra y, sí, algo de saliva, formalizamos esa alianza, un acto que a cualquier adulto le habría parecido grotesco, pero que para nosotros tenía un significado profundo.

—Bueno, esperemos que no nos goleen hoy día —decía uno antes de cada partido, y todos estallábamos en carcajadas.

No nos importaba el marcador. Lo que importaba era que estábamos juntos, viviendo algo que recordamos hasta hoy.

Aquella temporada fue un desastre en términos futbolísticos. No obtuvimos trofeos, no logramos el reconocimiento que otros equipos alcanzaron. Pero, a pesar de todo, llenó mi corazón de niño. Y fue la primera vez que entendí que la verdadera victoria no está en los títulos, sino en las conexiones que hacemos, en los lazos que formamos con las personas que elegimos tener a nuestro lado. Y yo, sin duda, tuve la suerte de contar con uno de los mejores.

Gonzo me enseñó que, en la vida, la lealtad y la amistad son más importantes que cualquier trofeo. Porque, al final, lo que más queda son las risas compartidas, las historias que contamos una y otra vez, y la certeza de que nunca caminamos solos.

En respuesta a la solicitud de Gonzo a que me anoten para el Intercuerdas Pepe, intervino: 'Oooh, pero ¿acaso juega?'. Y luego, entre risas, comenzó a contar: 'Recuerdo el primer día que lo conocí. Estábamos jugando en tránsito, y él entró al arco. Decía: "¡Tranquilo, pueblo, tranquilo!", como si supiera lo que hacía el muy sinvergüenza, jajajaja. Hasta que Beto reventó una ventana del lugar con un pelotaso y todos tuvimos que salir corriendo como locos'.

La carcajada fue general, y entre risas Piraña dijo: 'Claro, que esté. Este año estamos para campeonar'. Gonzo, el gran goleador, lideraría el ataque, y lo respaldarían un mediocampo sólido con Bomba Vaca, Gambeta Félix, Maravilla Arellano, y el imparable Demonio Lema. La alineación parecía una receta perfecta para el éxito, y todos compartíamos el optimismo: este sería nuestro año.

Al día siguiente fuimos a presentar la lista antes de ir al río con mi primo Bomba y Gambeta que tenían el espíritu organizador, fue en Chingos un restaurante punto de encuentro de los jóvenes en la Plazuela Sucre y entre sus ricas salteñas y gaseosas llegaron todos los equipos para revisar las listas y no se incumpla de inscribir a más de 2 jugadores que no sean afines a cada grupo, en nuestro caso teníamos a Iturri un gran Arquero y otros primos que los meteríamos de contrabando. ¡Nada que unos pases por debajo de la mesa no pudieran arreglar!

La 10ma Edición del Intercuerdas organizada por los vigentes campeones los Bandoleros tendría un jugoso premio que se llevará el Campeón, 1200 bolivianos aproximadamente, más el trofeo donado por el padrino Julio Kohlberg Chavarria y por supuesto... la Gloria!

Los grupos se definieron de la siguiente manera:

Grupo A: Bandoleros, Farrosos, Bravuvatos, La Nueva.

Grupo B: Huaicos, Chinpandolfos, Montoneros, Tumas.

Nuestro grupo está muy interesante, jugaríamos primero contra los Tumas, después contra nuestro clásico rival Montoneros y terminamos contra los Huaicos.

Ya se siente los papelitos de la tribuna...

Al día después, nos fuimos a Corana con otros amigos Beto, Lían Buitrago y un grupo de amigas para disfrutar un poco de relajación y diversión. Corana, con sus pozas de agua cristalina y esos espacios verdes perfectos para hacer parrillada, siempre tiene algo especial que ofrecer. Desde el momento en que llegamos, el lugar nos envolvió con su tranquilidad, y sabíamos que nos esperaba un día inolvidable.

Nos instalamos cerca de una de las pozas más lindas, con el sonido del agua corriendo a nuestro alrededor, y comenzamos a preparar todo para la parrillada. Mientras el carbón se

encendía, no pude resistir meterme al agua primero. El frío del agua era tan refrescante, perfecto para combatir el calor del día. Mis amigas no tardaron en unirse, y entre todos comenzamos a lanzarnos agua, riendo como si no existiera nada más en el mundo.

Sofía y Rebeca, con su energía y sus bromas, no dejaron de hacernos reír. Cada zambullida estaba acompañada de risas y pequeños gritos, mientras intentábamos hacer los clavados más impresionantes. Obviamente, no faltaron los panzazos, que nos hacían reír aún más. El sol brillaba fuerte, y después de un rato de estar en el agua, nos tiramos en el pasto a secarnos y disfrutar del ambiente.

La parrillada quedó perfecta, y entre bocados y bromas, seguimos disfrutando de ese paraíso. Era un día en el que todo se sentía en su lugar, sin preocupaciones, solo la naturaleza, la buena compañía y esas risas que no paraban. Corana nos ofreció el escape perfecto.

Concentración antes del campeonato

A 5 días del inicio nos reunimos en el barrio del molino para ver tema de los uniformes. Conejo llega con Chicho y dicen que ya tienen todo planeado que no hay que pensar más nada! "Usaremos las poleras de Carnaval rojas sin mangas! Buenísimo!!"

Yo con duda detallo, pero esas no tienen número...

"Ves... que fresco, siempre con lo mismo" qué quieres una con cuello? Esto no es tenis!

Jajaja ponemos los números con cinta adhesiva negra y listo!

-Puedes ponerte así? Jaja"

A lo que me dio gracia y ya no objete la idea, me pareció original además.

Días antes del partido, pude disfrutar mucho de un merecido tiempo de relajación y diversión en Tarija, un lugar que siempre tiene algo especial que ofrecer. Comencé mis días libres visitando la piscina del Hotel de mi barrio, un lugar donde el calor de la tarde se sentía mucho más llevadero. Con el sol brillando intensamente, era el escenario perfecto para refrescarse. Allí, me encontré con mis amigos, entre ellos Camila y Valentina, quienes siempre tenían la mejor energía, contagiándonos con su risa y alegría. Cada zambullida era acompañada de gritos de emoción, y entre chapoteos y bromas, se olvidaron por un momento las preocupaciones del mundo. Juntos hacíamos seguidilla de clavados, buscando hacer los saltos más espectaculares, pero lo más esperado por todos era la famosa seguidilla de panzazos, donde cada uno trataba de demostrar quién podía hacer el salto más divertido y con el mayor chapoteo posible. Camila, con su energía contagiosa, siempre tenía una broma lista para mantenernos entretenidos, mientras Valentina, con su risa contagiosa, no podía parar de gritar cada vez que alguien caía de espaldas. La piscina fue un verdadero refugio de alegría y despreocupación, donde el tiempo parecía volar.

Después de una jornada divertida en el agua, decidimos ir a comer al puente San Martín, un lugar icónico que ofrece una vista impresionante del río y la vegetación que lo rodea. Allí, donde la brisa suave acompañaba nuestra charla. La comida era deliciosa; disfrutamos de los famosos anticuchos que se venden en pinchos, acompañados de una refrescante aloja que hacía que la tarde se sintiera aún más especial. Las chicas compartían anécdotas divertidas y nos llenaban de energía con sus ocurrencias. Las risas resonaban entre los amigos, creando una atmósfera perfecta, donde el tiempo parecía detenerse.

Al caer la noche, decidimos aprovechar al máximo el ambiente nocturno de la ciudad. Las luces brillaban con intensidad, creando un ambiente mágico que invitaba a explorar. Caminamos por las calles del centro, disfrutando de la música que salía de los bares y la alegría de la gente que llegaba de todo Bolivia y de otros países a Tarija en esas fechas a celebrar. Nos detuvimos en un bar local que ofrecía música en vivo. El lugar estaba lleno de energía, y la atmósfera era simplemente perfecta. Valentina, siempre lista para bailar, no tardó en arrastrarnos a la pista, donde nos movimos al ritmo de la música. La noche se llenó de risas y bailes, mientras nos olvidábamos de todo lo demás, viviendo el momento al máximo.

Esos días previos al partido fueron una mezcla perfecta de diversión, buena compañía y momentos memorables. Me sentí renovado y listo para enfrentar el desafío que se venía,

pero también agradecido por haber podido compartir esos momentos tan especiales con mis amigas y disfrutar de la belleza de Tarija. Cada risa, cada bocado y cada paso de baile quedará grabado en mi memoria, convirtiendo esas experiencias en recuerdos valiosos que siempre llevaré conmigo.

Así, después de contarles esos días a mis amigos con esas palabras, ellos me dijeron: "¡Qué fresco! Jaja, ¿ves cómo eres de cursi?"

A lo que acuoto Gonzo — sabés que es churo?? Lanzarse en neumáticos por el río!!

Justo en ese momento, mientras todos ingresaban a la movilidad de Gonzo, Matiasen, que estaba escuchando con atención, lanzó su pregunta con esa curiosidad que siempre lo caracterizaba:

—Rey, ¿y cómo es eso de lanzarse en neumáticos por el río?

Nos miramos entre nosotros y sonreímos. Chacho, como era de esperarse, no perdió la oportunidad y, con su tono teatral, respondió:

—¡Ah! Esa es una historia buenísima, Matiasen. Mirá, fue en el cumpleaños de Gonzo, hace un par de años. Estábamos todos medio emocionados, y llenos al terminar de comer la lasana que cocinó su empleada a punta de órdenes de su abuela, y alguien tiró la idea loca: "¿Y si nos lanzamos en neumáticos por el río?" —Chacho hizo una pausa, como si reviviera el momento—. Entonces, sin pensarlo mucho, nos fuimos al puente San Martín.

Matiasen, intrigado, lo interrumpió:

— Oaah qué loco rey!

Chacho se rió.

—¡Buenísimo! El río estaba fuerte, pero esa era la gracia. Nos tirábamos uno tras otro, y lo mejor fue cuando pasamos por el puente del Peregrino. Demonio Lema casi se va al agua de lado y casi fina!, pero se salvó de milagro. Y después, ¡ja, ja! Puma Arce mostró el culo a todos los que estaban cruzando el puente. Fue un espectáculo.

Todos reímos recordando esa escena. Matiasen se agarraba la cabeza, incrédulo, pero divertido.

—¡Ooo tenemos qué hacerlo de nuevo reyes!

—Claro tenemos que ver que llegue el río de banda a banda! —le dijo Chacho, guiñándole un ojo.

La conversación terminó entre risas, justo cuando alguien gritó:

—¡Apurémonos, carajo, que tenemos un partido amistoso!

Todos se levantaron y empezaron a alistar sus cosas rápidamente.

—¡Vamos a la cancha Petrolera a jugar con La Nueva antes del campeonato! —gritaron con entusiasmo.

La Nueva era un equipo que conocíamos bien, un grupo de amigos con quienes compartíamos más que solo el fútbol; teníamos una conexión especial.

Al llegar a la cancha, el ambiente era de pura alegría. Allí estaban nuestros grandes amigos de La Nueva, un equipo lleno de grandes valores, tanto en lo futbolístico como en la vida misma. Su capitán, Plano, era un deportista de primera, un tipo con mucho talento y la chispa que caracteriza a todo buen chapaco. Desde que llegamos, la buena vibra se sentía en el aire. También estaban Ruso, Apa y Beño, quienes siempre aportaban un toque festivo. En realidad, más que un equipo de fútbol, parecían un grupo de fiesta, y eso se reflejó en cada rincón de la cancha. Las risas y las bromas nunca faltaron, creando un ambiente de camaradería que hacía que todo fuera más divertido.

El partido se desarrolló en un clima de competencia sana, donde ambos equipos luchaban, pero siempre con una sonrisa en el rostro. Para mi sorpresa, logramos ganar, aunque la meta principal era que ambos grupos se prepararan para la competencia oficial. Me sentí increíble al haber jugado todo el partido; no solo disfruté de cada jugada, sino que también viví la alegría de estar con mis amigos en la cancha. Y cómo olvidar el famoso tercer tiempo, donde el verdadero espectáculo se desataba. En ese momento, el fútbol pasaba a un segundo plano, y era hora de celebrar. Con los vasos alzados, el "salud" resonaba en el aire mientras nos pasábamos una botella entre risas y anécdotas, todo en medio de una guitarreada improvisada que siempre terminaba con algún clásico que todos cantábamos a coro.

Esa combinación de fútbol, amistad y música hacía que esos momentos fueran inolvidables. Así, en una tarde llena de risas, goles y música, pudimos no solo prepararnos para el campeonato, sino también fortalecer la amistad que teníamos, recordando que al final, el verdadero objetivo de todo esto era disfrutar del momento juntos. ¡Qué lindo es el fútbol!

Primera Fecha - Primos y canchas

Llegó el primer partido en el complejo deportivo García Agreda contra los Tumas, un equipo que nos sacaba años de ventaja. Eran más mayores que nosotros y tenían al exMisterBolivia (no sabíamos si jugaba bien pero siempre marcaba presencia bipolar en las noches de Bohemia) un tipo impredecible, pero que generaba confianza a su equipo.

Ese día, mi primo Torope llegó a recogerme a mi casa en su camioneta para ir al partido. Yo estaba con la cabeza un poco pesada por la noche anterior, los ecos de una resaca golpeándome con cada rayo de sol que se filtraba entre las hojas de los árboles. Apenas logré subir al vehículo, con el estómago dando vueltas y el aire fresco entrando como un alivio pasajero. Mientras me acomodaba en el asiento, le agradecí a Torope por haberme llevado también a casa la noche pasada.

Él, como siempre, tenía esa sonrisa de medio lado, entre pícara y burlona, y una carcajada que parecía estar lista para brotar en cualquier momento. Me miró de reojo y, sin perder la oportunidad, dijo con tono desenfadado:

—No hay problema, primo. Todo sea por la familia.

A medida que nos acercábamos al complejo, el ruido de la ciudad se iba apagando, y el rugido de la camioneta llenaba el aire, mientras Torope tarareaba alguna canción que no reconocí.

Al llegar a la cancha, todavía luchando contra mi pesadez, grande fue mi sorpresa cuando Torope delante de los otros le dice a Burro:

—Che, mirá a este cabrón. ¡Me dice que gracias por llevarlo en auto anoche! ¡Jajajaja!

La risa de los demás fue inmediata

A lo que una pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla:

—Entonces... ¿cómo llegamos?

Torope, disfrutando del momento como quien saborea un buen vino, dejó una pausa deliberada. Esa sonrisa suya, esa que anunciaba problemas, se ensanchó mientras cruzaba los brazos. Luego, con un tono que parecía mezclar burla y cariño, respondió:

—Te encontramos durmiendo afuera de la disco, así que te cargamos entre Burro y yo, a pie, hasta tu casa.

La risa general se intensificó, pero él todavía tenía más que decir. Subió el tono, asegurándose de que nadie se perdiera el desenlace:

—Todo iba bien, ¿no ve? Pero el problema era que cada rato vos decías: “¡Mi vaso, mi vaso!”. Entonces te decíamos: “¡Ya no estás en la disco, carajo!” Pero vos seguías insistiendo. Hasta que, a la quinta vez que lo dijiste, nos cansaste y te soltamos!

—Lo gracioso es que cuando te soltamos, te vimos, te agarrabas tu “Brazo” jajajaja. Al parecer querías decir brazo y no vaso. Como Burro es más alto que los dos te hizo doler el brazo al cargarte.

Las risas se desbordaron mientras intentaba defenderme, todavía con el rostro rojo, tanto por la vergüenza como por la risa.

Entre esas risas los Tumas Entraron a la cancha con una camiseta de Italia flamante, pensaba que nos podían pasar por encima. El contraste era evidente: ellos lucían organizados y con experiencia, mientras nosotros, debajo de un sauce al lado de la cancha, apenas nos estábamos completando.

Cuando arranca el partido, en la banca de suplentes, el calor del mediodía chapaco hacía que el tiempo se sintiera más lento. Mientras los titulares sudaban la camiseta en la cancha, nosotros buscábamos sombra y conversación para pasar el rato. Fue ahí cuando le pregunté a Conejo, casi por curiosidad:

—¿Y tu primo Jorginho? ¿Este año viene?

Conejo, que ya de por sí tiene una risa pícara, soltó una carcajada corta, una que anunciaba más que una simple negación.

—No, Flash. ¡No jodás!

Luego, con un aire reflexivo y algo entre divertido y nostálgico, continuó:

—Después de lo que pasó hace años, ese chango ya no quiere ni oír de Tarija.

Fue entonces que, Collini un Chapaco que vivía en La Paz, que estaba a un lado, le metió presión:

—Dale pues, Conejo. No te hagás rogar bro, contá porqué. Y Conejo comenzó a relatar el episodio que convirtió a su primo en una leyenda del barrio, aunque no precisamente por mérito futbolístico.

—Mirá, mi primo pues, de Santa Cruz, un gordito simpático —empezó Conejo, con una sonrisa burlona—, un día mi tía lo manda para que se distraiga aquí en Tarija, para que salga de su rutina y pase tiempo con nosotros. Por lo general, siempre íbamos a jugar a Tránsito ¿no ve?, pero esa vez la cancha estaba llena de autos. Entonces decidimos ir al zoológico con todos los changos y mi primo. Como somos del barrio, decidimos que tenemos el derecho inalienable de no pagar entrada, y nos metimos por un hueco de la reja —agregó, riéndose—. Entramos uno por uno, como si fuera operación militar, y directo nos fuimos a la cancha.

Ahí, entre risas, empujones y formaciones improvisadas, armaron equipos entre Gonzo y Bomba y comenzamos a jugar. Todo parecía ir de maravilla, hasta que Maravilla, pegó un grito que paralizó a todos:

—¡Huy, la puta! —señaló detrás de la cancha, con los ojos saliendo se.

Nos quedamos congelados, girando la cabeza como en cámara lenta. Fue entonces que los vimos: dos perros enormes, corriendo a toda velocidad hacia nosotros, y detrás de ellos un hombre, que seguro era el portero del zoológico, con un palo en la mano.

—¡Corran, mierda! —gritó alguien, y la cancha se transformó en un caos.

—Resulta que el zoológico estaba cerrado los lunes —continuó Conejo, riéndose—, pero como entramos por el hueco, ni cuenta nos dimos.

-Ahí cada quien buscó salvar su pellejo como pudo. Algunos se lanzaron a la zona de los cóndores qué estaba en otra dirección, otros Conejo, su primo, yo y Gonzo hacia la reja por

donde habíamos entrado qué estaba más cerca, pero los perros, como buenos guardianes, se enfocaron en los que intentábamos escapar por la reja.- Intervine yo.

—Primero pasó Conejo, rápido como un rayo. Después me metí yo y por detrás mío llegaban al mismo tiempo Gonzo y Jorginho, los dos saltaron detrás mío, Jorginho al hueco y Gonzo a la reja.

Los perros llegaron justo cuando intentaban cruzar, y mientras Gonzo trepaba a la reja, Jorginho quedó atrapado, con los perros dándole mordiscos en sus partes más vulnerables.

Mientras tanto yo y Conejo gritábamos “¡pasá, Jorginho!”. El gordito intentaba cruzar, pero la reja lo raspaba por todos lados, y el pobre no podía avanzar ni retroceder. Desde arriba, Gonzo gritaba algo, pero su peso presionaba la reja y hacía todo peor.

—¡No puedo, mierda! —gritaba Jorginho, su voz entre el pánico y la desesperación.

Entonces lo empezamos a jalarlo, pero la situación empeoró con la reja y su espalda.

La escena era caótica. Gonzo, al darse cuenta de que su peso estaba trabando al primo, se movió a un lado ya que no podía cruzar la reja por el alambre de púas que había arriba. Fue entonces que, con un último jalón de Conejo y mío, logramos sacar a Jorginho por el hueco. Salió todo rasmillado, con el pantalón destrozado y mordiscos en sus reposaderas. Gonzo después de hacerla de ninja bajó de la reja, y todos respiramos aliviados.

Ya en la plazuela del Molino, después de reunirnos con los demás, la tragedia se convirtió en carcajadas. Jorginho, sin embargo, no compartía la alegría.

—¡Váyanse a la mierda! —gruñó, todavía furioso, mientras los demás no podíamos parar de reírnos.

Terminamos la historia justo cuando el árbitro pitaba el primer gol. Los titulares festejaban en la cancha, y nosotros seguíamos riéndonos.

El marcador se agrando rápidamente; antes de que terminara el primer tiempo, ya íbamos 3 a 0. Gonzo estaba intratable, convirtiendo los primeros dos goles de manera espectacular. El primer tanto llegó gracias a un pase preciso desde el medio campo por parte de Bomba, quien lanzó un balón largo a espaldas de la defensa rival. Gonzo, aprovechando su velocidad, se metió al área y, con gran control, definió cruzado al segundo palo antes de que el arquero pudiera reaccionar, desatando la euforia en las gradas.

El segundo gol llegó tras una gran jugada de Gambeta, quien desde la mitad de la cancha lanzó un pase rasante entre líneas que dejó a Gonzo en posición perfecta. Con una rápida finta, Gonzo descolocó a los defensores y, esta vez, con un tiro potente al ángulo superior, marcó su segundo tanto, dejando al portero sin opciones y a la hinchada gritando de emoción.

El tercer gol fue obra de Maravilla Arellano, quien recibió un pase en profundidad de Bomba. Maravilla desbordó por la banda, dejando atrás a su marcador con su velocidad

característica, y al llegar al área, sacó un disparo cruzado que se coló justo al lado del poste derecho. La precisión de los pases y la eficacia en la definición nos hicieron terminar el primer tiempo con una ventaja cómoda, pero aún quedaba mucho por disfrutar.

En el segundo tiempo, el equipo siguió dominando, y fue Gambeta quien amplió la ventaja. Luego, Toni, nuestro gran defensa, demostró que no solo era una muralla atrás, sino que también tenía un olfato único para el gol de cabeza, poniendo el quinto en el marcador. Y por si fuera poco, Ovillo también "anotó", aunque su gol fue más bien fuera de la cancha, con una espectadora que no dejó de sonreírle. Mientras tanto, en la banca disfrutábamos del partido y de la compañía de muchas amigas. Cada gol de mi equipo me hacía celebrar como si hubiera sido mío.

Faltando quince minutos para el final, decidí que era mi momento. Me levanté de la banca y, entre risas, pedí ingresar al campo: "Ya que el otro equipo está cansado, podemos aprovechar mi velocidad. Ustedes no saben, pero a mí me dicen Flash", les dije con confianza. "¡Más que Flash eres Relámpago, por lo blanco!", me contestaron entre carcajadas. Con el ánimo al tope, entré saludando al público y con la motivación de pelear cada pelota como si fuera la última.

Los Tumas, por su parte, parecían jugadores profesionales, querían ganar aparentando ser los mejores. Sin embargo, la única forma en que podrían haberlo logrado era con un poco de magia. Ellos lo intentaron, pero los Chinpandolfos, como siempre, demostraron que más allá de la técnica, jugábamos con el corazón. En los últimos minutos, incluso los de la banca tuvimos la oportunidad de mostrar lo nuestro. Yo entré a jugar en la delantera aunque yo siempre me caracterizaba de jugar de defensa como Right back, corriendo y presionando a los defensas rivales, mientras Lorjuan se encargaba de la defensa, firme como siempre, y Buididipi, desde el lateral izquierdo, jugaba como todo un Gago, controlando su zona con tranquilidad.

Al finalizar el partido, la victoria ya estaba más que asegurada, y mientras nos preparábamos para festejar, lo único que quedaba por decidir era a dónde iríamos a celebrar. Aunque una cosa estaba clara: no sabíamos dónde íbamos a terminar cada uno, pero sabíamos que esa noche sería tan memorable como el partido.

Mientras tanto La Nueva había empatado con Los Farrosos, el enfrentamiento había sido un choque de estilos, de experiencia contra juventud, de jerarquía contra hambre de gloria. La intensidad del encuentro todavía se sentía en el aire, como si la cancha misma guardara el eco de cada grito, cada barrida y cada oportunidad desperdiciada. Había sido un empate con sabor a poco... o quizá a mucho, dependiendo de a quién se le preguntara.

El partido se desarrolló con un sol que caía a plomo sobre la cancha de tierra en la García Agreda, levantando un polvo denso con cada pisada. Los jugadores entraron al campo como si fueran gladiadores listos para una batalla sin cuartel. Los Farrosos, veteranos de otras ediciones, sabían moverse en este tipo de torneos, pero La Nueva, los retadores, tenían una energía diferente, una mezcla de ilusión y ganas de demostrar que podían medirse con cualquiera.

Desde el primer minuto, el partido tomó un ritmo vertiginoso. Chikilín, la joven promesa de Los Farrosos, se hizo sentir con un pase preciso a Papile, quien levantó la cabeza y filtró un balón venenoso entre líneas. Pato, la estrella del equipo, corrió con la agilidad de un felino y, antes de que el arquero de La Nueva pudiera reaccionar, sacó un derechazo que hizo temblar el travesaño.

—¡La puta madre! —gritó Tincho, el arquero de Los Farrosos, desde el otro extremo de la cancha—. ¡Nos vamos a la mierda si juegan así todo el partido!

Pero La Nueva no se dejó amedrentar. Apa, con su juego de pases cortos y largos, empezó a distribuir el balón con la calma de un viejo maestro de ajedrez. Beño, con su visión de juego privilegiada, encontró a Plano, el capitán y estrella del equipo, en la puerta del área. Plano controló con el pecho, dejó botar el balón y, sin pensarlo dos veces, soltó un zapatazo con la parte interna. La pelota voló como un misil teledirigido, superando la estirada de Tincho.

—¡GOOOOOOOOOL! ¡PLANO LO HIZO! —gritó un espectador, mientras los jugadores de La Nueva corrían a abrazar a su capitán.

Los Farrosos sintieron el golpe, pero no se dejaron amilanar. Pedro, aunque no era el más alto, compensaba con su entrega, y junto a Taca, comenzaron a cerrar espacios, impidiendo que La Nueva siguiera atacando con la misma facilidad.

El partido se convirtió en un choque de titanes. Buhezo, corriendo por toda la cancha como si tuviera tres pulmones, cortaba cada avance rival con barridas milimétricas. Chikilín, con su toque refinado, manejaba los tiempos de su equipo, lanzando pases quirúrgicos para Potro y Papile, quienes intentaban conectar con los delanteros.

A los veinte minutos, Pato recibió un balón en el borde del área de parte de Adrián Bejarano. Con un movimiento endemoniado, dejó atrás a Ruso, el defensor top de La Nueva, y quedó cara a cara con el arquero. En un instante de genialidad, picó la pelota con una sutileza deliciosa.

El balón describió una parábola perfecta. Los segundos se hicieron eternos. Parecía que entraría, pero en el último instante, el arquero de La Nueva —que hasta ese momento había sido una incógnita— sacó una mano milagrosa y desvió el balón con la yema de los dedos. —¡Uuuuuuhhh! —explotó el público.

El partido siguió su curso con una intensidad que no daba respiro. Los Farrosos, con la presión de no empezar el torneo perdiendo, comenzaron a jugar con más desesperación, mientras que Plano, con su talento descomunal, seguía creando peligro cada vez que tocaba el balón.

Cuando el reloj marcaba los últimos minutos, Pato recibió el balón cerca del mediocampo de parte de Keso. Con una velocidad y gambeta endiabladas, dejó a un rival en el suelo,

esquivó a otro con un recorte y, antes de que le cerraran los espacios, metió un pase filtrado al área.

Ahí apareció Edu Montes, que había estado esperando su momento como un depredador acechando. Su contextura compacta y su olfato goleador lo habían llevado a estar justo donde debía. Con el arquero vencido, solo tuvo que empujar la pelota al fondo del arco.

—¡GOOOOOOOOOL! ¡EDU MONTES EMPATA EL PARTIDO!

Los Farrosos celebraban con rabia, mientras La Nueva miraba el reloj, sabiendo que no quedaba mucho tiempo.

En el tiempo de descuento, La Nueva tuvo una última oportunidad. Daniel Molina, con una corrida endemoniada por la banda, mandó un centro venenoso al área. Plano apareció, listo para definir de cabeza... pero ahí estaba Taca, quien, con un salto imponente, despejó el balón antes de que el capitán rival pudiera conectar.

El silbato final sonó como un trueno. 1-1. Un empate que dejó a todos con la sensación de haber visto un auténtico espectáculo.

En la banca, Tagle, Zorro y Coco se cruzaron miradas y soltaron una carcajada.

—¡Bueno, al menos no perdieron! —soltó Zorro con falsa seriedad.

—¡Claro! Si Pato no hacía todo solo, capaz hasta ganaban —agregó Tagle, riendo con malicia.

Coco, sin perder la oportunidad, lanzó la estocada final:

—Pero tampoco se confíen... hay empates que parecen victorias y empates que parecen... ¿cómo decirlo? —hizo una pausa teatral— derrotas maquilladas.

Zorro lo miró, le dio un codazo y explotó en una risa burlona.

—¡Jajajaja! ¡Derrota maquillada, qué hijo de puta!

Las carcajadas resonaron en la banca, mientras los jugadores de ambos equipos se estrechaban la mano en el campo. Sabían que este era solo el primer capítulo de una historia que prometía aún más emociones en el torneo.

En la noche, nos encontramos en la plazuela Sucre, el punto de partida de todas nuestras locuras. Nos fuimos apretando en el auto de Sapex, un compañero de la comparsa, que tenía un don para meter a media barra ahí dentro. No sé cómo, pero logramos entrar todos, aunque varios aparecieron con sus propios autos, como si la fiesta ya estuviera marcando su propio rumbo.

Al final, todo se volvió una gran fiesta y risas en la plazuela Sucre y en cada carcajada retumbaba "La danza de los mirlos". Los de La Nueva se unieron al festejo, todos moviendonos al ritmo de esa cumbia que ya era himno de la noche.

Un Fernet en mano y la música explotando en nuestros oídos, bailamos, reímos, y entre brindis y abrazos, sentimos que esa victoria era mucho más que un simple marcador. Era nuestra historia, nuestra manera de ver la vida. Porque para nosotros, cada noche podía ser

la mejor de todas. Con la cumbia de fondo, los amigos cerca y el Fernet acompañando hasta el amanecer, el mundo estaba perfecto tal como era.

Al terminar la jornada y todavía con el eco de las canciones y las luces de la disco en la mente, cuando la vi. Estaba parada al lado de un taxi, con el pelo recogido y esa mirada que parecía haber venido de otro tiempo. Sus ojos atraparon los míos, y, como si el universo quisiera jugarme una broma, ahí estaba: Valeria, una chica que me había visto entrar en el partido.

“¿Te vas ya?”, le pregunté, medio tímido pero con mi sonrisa.

“Pensaba irme, pero ahora... quién sabe”, respondió con ese tonito que ya me puso a sudar.

—Vos eres el que se autonombro Flash, no?

A lo que nos reímos y nos quedamos charlando sobre la acera, entre risas y confesiones rápidas. Me contó que era de Sucre, pero pasaba los veranos en Tarija, como yo. La conversación fluía como si nos conociéramos de toda la vida.

La noche parecía eterna, y aunque el cansancio empezaba a pesarme, no podía despegarme de la charla con Valeria. Tenía esa mezcla de dulzura y picardía que te atrapa, como una zamba bien cantada.

“¿Y qué hacías viendo un partido?”, le pregunté, medio en broma, medio curioso.

“Siempre hay algo que ver... y, parece, alguien también”, me respondió, con una sonrisa que parecía un guiño.

Las horas pasaron sin que nos diéramos cuenta. La plazuela Sucre se iba quedando vacía y los autos arrancaban. Pero nosotros seguíamos ahí, entre miradas y silencios que decían más que cualquier palabra.

—¿Nos veremos mañana? —pregunté, sin pensar demasiado.

—Quizás. Tarija es un pañuelo, ¿no?

Antes de que pudiera responder algo ingenioso, el taxi que esperaba por ella arrancó, y Valeria, con esa gracia única, se despidió con un gesto que me dejó con una sonrisa tonta en la cara.

Al subirme al auto de Sapex para volver a casa, y ahí, con "Champagne Supernova" de Oasis sonando, supe que este verano sería interesante.

Segunda Fecha - Entre la gambeta y el caos

Feo fue mi despertar, ya que me despertó un quejido fuerte de mi hermano (puteada) al otro lado de la puerta de vidrio de la cocina de mis papás, al parecer me dormí en la cocina con la puerta con llave sobre la mesa que tenía un mantel de croche grueso que marcaba mi rostro acentuando mi sorpresa, preocupación y burla de ver como mis papás al haberlo escuchado lo reñían por recién llegar de la noche anterior siendo ya media mañana.

En ese momento supe que tenía que pensar rápido al abrir la puerta de la cocina para no ser castigado también, gracias a Dios me acordé que tenía la segunda fecha del Intercuerdas, cosa que cite al hacerlo y con unas gambeta estilo Romario pude correr a alistarme y salir al partido.

Jugábamos contra Los Montoneros nuestro clásico rival con Chancaco que era imparable, el partido se efectuaría en la cancha de Tocoli, un complejo cerca de Tomatitas. Y esta vez me recoge Gonzo.

Llegamos al partido en su vagoneta reventando de llena, más que conversación técnica se conversaba sobre lo acontecido el día anterior.

Resulta que estábamos todos reunidos en la casa de uno de los suscritos en una hermosa guitarreada, cuando de repente la muchacha que trabajaba en la casa entra y nos dice que hay un ladrón que quizás pueda querer robar la vagoneta de Sami que está afuera, en ese mismo instante, saltan los gallos más rápidos que un hormiguero reventado.

Al salir al pobre tipo se lo encontró mirando una movilidad, lo que la turba no le dio ni la chance de explicar que estaba haciendo y se armó la justicia comunal, a lo que se incorporaron peatones y policías, saltaron sombreros oficiales, puñetes y unos buenos chufleys servidos por mí con mi jarra en media trifulca.

Yo me divertí mucho sin embargo algunos no mucho al terminar encarcelados, ya que a la hora de la verdad, los policías preguntaron las edades, los que eran mayores mintieron de ser menores, menos dos, al decir "nada señor, yo soy mayor y soy abogado", a lo que la policía respondió, entonces adentro! Pobre Buididipi y Pope.

Pero lo peor no termina ahí, intervino yo, tratando de bajar la tensión del momento. La cosa es que Wallace, hermano de Buididipi, me pide desesperado que lo acompañe a verlo. Estaba preocupado de que algo malo le pasara en la celda y me dice, con los ojos desorbitados, que tal vez yo podría ayudar hablando con la policía, que seguro entenderían mejor si hablaba con ellos.

Acepté, aclarando de entrada que no podía prometerle nada, pero por lo menos trataríamos de asegurarnos de que Buididipi estuviera bien. Así que nos fuimos rumbo a la policía.

Llegamos y nos costó un buen rato convencer a los policías para que nos dejaran verlo. De por sí ya nos miraban con mala cara, y el comisario no dejaba de preguntarnos si éramos familia, a lo que Wallace contestó con una mezcla de indignación y apuro: "¡Es mi hermano, pues! ¡Déjeme entrar!". Yo trataba de mantener la compostura, pero por dentro ya me estaba riendo de los nervios. Finalmente, nos dieron permiso para entrar a su celda donde él pasaría la noche, pero solo por un rato y con la advertencia de no armar ningún escándalo.

La cosa es que cuando llegamos a la celda lo llamamos para que se acerque, grande fue mi sorpresa cuando escucho a Wallace gritar - Qué haces con esos maleantes adentro de esta celda????!!!!

Noooo contestamos al unísono con Buididipi, a lo que aumentó Buididipi - noo, no digas eso, son mis amigos, son re buenos (de manera muy nerviosa). Terrible lo estaba sentenciado a su hermano sin saber.

A lo que la policía nos saca para no generar más problemas, sabía decisión creo jajaja.

Así que creo que Buididipi no podrá venir. Jaja a lo que nos reímos.

Más tardamos en dejar de reír los suplentes qué los titulares entrar a la cancha.

El partido comenzó con una tensión palpable desde el primer minuto. La multitud vibraba con cada jugada, gritando y apoyando con una intensidad que hacía evidente que no sería una tarde tranquila.

Y aunque sabía que mis posibilidades de entrar a la cancha eran escasas, me llevé una gran sorpresa al encontrarme en la banca con Ovillo, el mejor guitarrero del grupo y, sin duda, uno de mis mejores amigos. Mientras el partido se desarrollaba con intensidad en el campo, nosotros hacíamos lo propio desde la banca, acompañados de las espectadoras que se sumaban a la fiesta. Ovillo, como siempre, sacó su guitarra en los ratos libres, y la tarde se volvió aún más amena con risas, música y algún que otro coqueteo.

Los Chinpandolfos, esta vez con una defensa sólida, se plantaron firmes en la cancha. Iturri, el arquero estrella, estuvo impecable, bloqueando cada intento de los Montoneros. En defensa, Piraña se mostró seguro, controlando su sector, mientras Toni distribuía el juego desde atrás con una calidad notable. Los laterales, Chicho y Langosta, también destacaron: Chicho jugó al límite, al borde de la tarjeta, mientras Langosta, con su elegancia habitual, subía y bajaba la banda sin descanso.

Por parte de los Montoneros, Chancaco fue una constante amenaza en el ataque, mientras que Rendon manejaba el mediocampo con pases precisos y elegantes. En la defensa, Chueco fue una verdadera muralla, y Pelaez, siempre peligroso por la banda, buscaba el desborde en cada oportunidad.

El gol de los Chinpandolfos llegó gracias a Lema, "el demonio", quien recibió un pase filtrado, burló a los defensores y definió con potencia. Sin embargo, minutos después, en una jugada trabada y llena de tensión, Lema se prendió en un forcejeo con Chueco, lo que terminó con ambos jugadores expulsados del campo. La decisión del árbitro encendió aún más los ánimos en el estadio, mientras los equipos quedaban con diez jugadores.

Con la ventaja numérica perdida, los Montoneros aprovecharon el desconcierto, y fue Chancaco quien, con un remate certero, empató el partido, dejando el marcador 1-1. El ambiente se volvió caótico con la expulsión doble y el empate, en un partido que dejó a todos con los nervios a flor de piel hasta el último segundo.

Con este resultado solo dependía de nosotros contra los Huaicos qué habían ganado en sus dos primeros partidos 2-0 a los Montoneros y 5-0 a los Tumas, osea ya estaban clasificados a la siguiente fase.

Mientras tanto los Montoneros jugarían su clasificación contra los Tumas.

Después de nuestro partido, fuimos a ver al otro grupo con la esperanza de que nuestros amigos de La Nueva logran ganar al campeón vigente "Los Bandoleros" que ya se habían impuesto a los Bravuvatos en la fecha 1.

Nos enteramos que a la misma hora que jugábamos nosotros, Los Farrosos se enfrentaban a los Bravuvatos en un partido que ya se sentía como un clásico. Ambos equipos se conocían bien, compartían edades similares y una rivalidad naciente que prometía emoción. No había favoritos claros, solo la certeza de que ninguno daría tregua.

El pitazo inicial marcó el comienzo de una batalla intensa. Los Bravuvatos salieron con presión alta, adelantando líneas y obligando a los Farrosos a replegarse. En el medio campo, Anuar Auad y Andrés Córdoba distribuían con precisión, mientras que Lema y Herbert Urquiola rompían líneas con pases quirúrgicos.

El primer golpe llegó tras una jugada impecable. Daniel Franco recuperó en defensa, tocó para Mauri Aneiba, y quien abrió rápido para Juan Pablo Romero. Este, con un pase filtrado milimétrico, dejó a Fernando Vargas mano a mano con Tincho. El arquero, apodado "el gato volador", se lanzó con todo, pero Vargas definió con una tranquilidad insultante.

Los Farrosos reaccionaron sin desesperarse. Buhezo empezó a recuperar balones en el medio, mientras Chikilin, distribuía con más claridad. Papile y Jaime Barrenechea se conectaron en tres cuartos de cancha, hasta que finalmente Jaime vio el movimiento de Pato. Éste desbordó con su clásica velocidad, dejando atrás a su marcador y centró con precisión quirúrgica.

Tagle, siguió la jugada con proyección. En el área chica, disparo cambiándole de poste a la pelota para el empate. El grito de gol retumbó y la cancha vibró.

El partido se convirtió en un ida y vuelta feroz. Lupa, arquero de los Bravuvatos, comenzó a ser figura, sacando un remate a quemarropa de Pato y luego un cabezazo de Taca. Pero el golpe final llegó cuando Romero vio el espacio y metió un pase filtrado entre líneas.

Horacio Aldana controló con clase, se acomodó y definió cruzado. Tincho se lanzó, pero solo logró rozarla con los dedos. Golazo.

Los Farrosos intentaron el empate, pero la defensa de los Bravuvatos, con Lían Buitrago qué era la novedad en este equipo entró por Franco y Huevo qué entró por Mauri Aneiba cerrando filas, resistió hasta el final. El pitazo final desató la euforia de Huevo Buitrago, Inchauste y el resto de la banca de los vencedores.

El partido de fondo era una prueba de fuego para La Nueva, que buscaba demostrar que no eran solo retadores, sino verdaderos aspirantes al título. Enfrente tenían al campeón vigente, Los Bandoleros, un equipo que no solo sabía ganar, sino que lo hacía con autoridad.

Desde el primer minuto, Los Bandoleros impusieron condiciones. Moco Lora, con su estilo aguerrido y siempre al borde de la tarjeta, mordía en cada pelota como si fuera la última. Zamora y Toto Paniagua manejaban la creación con precisión, mientras que Mister y Marco Mier desbordaban por las bandas, obligando a La Nueva a retroceder.

El primer grito de gol no tardó en llegar. Toto cobró un tiro libre con una rosca perfecta. El balón voló como si tuviera ojos propios, encontrando la cabeza de Montero, quien, sin dudar, la clavó en el ángulo. 1-0.

La Nueva sintió el golpe, pero no se rindió. Entonces apareció Plano, su capitán. Recibió la pelota en su propio campo y comenzó su obra maestra. Primero dejó atrás a Moco Lora, quien, pese a su rudeza, no pudo ni tocarlo. Luego pasó entre Zamora y Mister con un

amague sutil que los dejó mirando al vacío. Huevo Paz intentó cerrarlo, pero Plano lo esquivó con un enganche seco y, ya en el área, definió cruzado, dejando sin opciones al arquero.

El estadio explotó. Plano había hecho un gol que sería contado una y otra vez.

El partido se volvió un duelo tenso. Cada equipo buscaba el desempate. La defensa de La Nueva resistía los embates de Los Bandoleros.

Pero entonces, en el minuto final, una falta innecesaria sobre Toto cerca del área sentenció el partido. Zamora, dueño de la pelota parada, se perfiló con la seguridad de un verdugo.

El estadio contuvo la respiración.

El disparo fue un poema de precisión. La pelota pasó por encima de la barrera y cayó como una daga en la esquina del arco. Gol. 2-1.

El pitazo final decretó la victoria de Los Bandoleros, y mientras el público celebraba, Plano se quedó mirando el césped, sabiendo que ni su mejor esfuerzo había sido suficiente para detener a esos bandoleros invencibles.

La jornada parecía haber terminado, pero en Tarija, cuando creés que todo está dicho, la noche apenas comienza. Nos reunimos en una previa en el departamento de Lorjuan —sí, el gran Lor, siempre presente en las mejores previas—. La guitarra pasaba de mano en mano, y el aire se llenaba de risas, historias y esa energía que solo tienen los veranos en el sur.

Fue entonces cuando la volví a ver. Como si el destino, caprichoso y juguetón, hubiera decidido cruzar nuestros caminos una vez más. Valeria apareció entre la multitud, con esa mezcla de encanto y misterio que parecía detener el tiempo.

Me acerqué con el corazón latiendo como tambor de carnaval.

“Valeria, ¿me guardás un baile esta noche?” —pregunté, tratando de que mi voz no delatara los nervios.

Ella, con una sonrisa que parecía iluminar la penumbra, respondió con ese tonito travieso que ya me tenía loco.

“Solo si prometés que no me dejás olvidada como los tragos en la barra.”

Entonces sin pensarlo dos veces, no deje de estar con ella.

“¿Qué decís, Valeria? ¿Nos vamos juntos a Araranca o te quedás viendo cómo pasa la noche?” —le dije con una sonrisa.

Ella me miró con esa expresión que mezcla sorpresa y diversión.

“¿Y qué más me prometés?”

“Te prometo que si me seguís, vas a querer quedarte.”

Con esa complicidad tácita, fuimos a Araranca, un pub donde las luces y la música creaban el escenario perfecto. Entre charlas y tragos, la conexión se fue haciendo más fuerte.

Cuando la conversación derivó en esos temas que siempre te dejan pensando, aproveché el momento.

“Valeria, ¿Quieres arreglarte conmigo?”

No necesitó pensarlo mucho. Me miró con esa sonrisa que lo decía todo y simplemente respondió:

“Sí.”

No hubo más palabras. Solo un beso que selló ese instante, en medio del bullicio del pub, como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

Después de Araranca, la noche nos llevó a la disco de Enrique, nuestro amigo y también Chinpandolfo. Ahí la música electrónica se adueñaba de todo, y nosotros, ya juntos, disfrutamos sin pensar en el mañana. Los amigos pasaban a saludar, y cada brindis era un recordatorio de que las noches en Tarija son como los amores de verano: intensas y fugaces, pero inolvidables.

Mientras la madrugada avanzaba, me quedé mirándola por un instante, bailando, riendo. Más tarde nos despedimos en la puerta de su casa, con ese beso que promete más noches, más recuerdos.

Tarija amanecía despacio, y yo caminaba con la certeza de que estaba disfrutando ese verano.

Tercera Fecha - Bomba

Me despierto macurcado del día anterior, y yo Bomba estoy con la cabeza hecha un lío y un dolor de cuerpo que ni te cuento. Uaaa, qué partido jugué ayer, mamita, no sé si estoy más cansado del partido o del festejo. Me levanto apenas y me digo a mi mismo - arriba Bomba, arriba campeón - Pero como suena mi viejo, parece que voy a tener que salir rápido para que me reprima el menos tiempo posible. Mientras bajaba las gradas rápido, escuché a mi viejo decirme varias sandeces, pero como decía Diego, "Todo pasa". Además, cuando vuelva con la copa, todo esto va a ser solo una anécdota, y bueno, ya estoy en camino hacia la Aldea.

Un rincón único. Un lugar donde el tiempo parecía detenerse en medio de risas, música y esa chispa especial que solo ellos tenían. Así le decíamos a la casa de Maravilla, "La Aldea". Era un caos encantador. Cinco hermanos, cada uno perteneciendo a una cuerda distinta, como si la sangre que compartían se transformara en distintos ritmos y estilos. No eran iguales, pero todos cargaban esa misma esencia alegre y pícara que los hacía únicos. Y a ellos se les sumaban siempre primos, amigos, vecinos... Nadie sabía exactamente cuántos vivían ahí, pero eso no importaba, porque siempre había espacio para uno más.

Llegar a "La Aldea" era un ritual. La puerta casi nunca estaba cerrada y uno podía entrar saludando como si la casa fuera suya. El patio solía estar lleno de voces que se mezclaban en un murmullo constante, entre discusiones, carcajadas y música. Siempre había música.

Ese día, llegué con la ansiedad propia de un partido decisivo. Sabía que el encuentro contra los Huaicos definiría nuestra clasificación. Me había prometido mantener la concentración, pero apenas puse un pie en ese patio, sentí que todo se relajaba. Es que esa casa tenía algo... algo que te hacía olvidar los nervios, como si solo importara el presente, disfrutar el momento.

Maravilla salió del fondo de la casa junto a Mauricio otro Chinpandolfo con su inconfundible sonrisa, esa que siempre parecía adelantarse a una broma que aún no había contado. Se estaba acomodando la camiseta de la cuerda, y desde lejos ya me gritaba: —¿Listo, hermano? Hoy no nos para nadie.

Y me suelta: "Gordito, qué kilombo que armaste ayer, jajaja, ¡capo!" Y ni bien lo escuché, le contesté: "Yyyyy, has visto el pase que te puse, no podían pararme los muertos". A lo que él no dudó en responder: "Nooo, y el kilombo que armaste anoche, jajaja". ¡Uf! En ese momento, me acordé del dolor de oreja que tenía.

En fin, llegamos a la cancha, y Langosta no perdió un segundo en sacar a hablar lo de la noche anterior. "¡Qué loco, Bomba! Jajaja, ¿cómo te vas a confundir anoche?" A lo que Sami pregunta, con cara de curioso: "¿Qué ha pasau, che?" Y el mejor de los relatores, Juanpis, no dudó ni un segundo en contar la travesía:

"Ocurre que, en medio del camino de la plazuela a la disco de Enrique, todo iba viento en popa, hasta que a Bomba y a los otros, en su clásica manía de buscar problemas, se les ocurrió empezar a molestar a los que pasaban por ahí. Y Bomba, como siempre, no se quedó atrás y se le ocurrió la genial idea de molestar a un tipo mayor que pasaba en moto.

Era flaco y parecía inofensivo, un hippie de esos que parecen perdidos en su propio mundo. Pero pronto nos dimos cuenta de que nada era lo que parecía. Resulta que este 'hippie' no era otro que Chano, alguien conocido en el barrio, y con fama de peleador nato. En cuanto Bomba lo provocó, Chano no dudó ni un segundo en bajarse de la moto. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos todos saltando para calmar los ánimos.

¡Ja! Lo que tuvimos que hacer para convencer a Chano de que todo era una broma fue un kilombo. Pero claro, ya a Bomba lo habían medido, jajaja. Después, en la disco, todo se reivindicó. Nos sacamos un par, ¡para enamorarse!"

Y yo con una sonrisa respondí: "Como decía el Diegote, 'que me la chupen, y la sigan chupando'".

Y todos soltaron una carcajada.

Para terminar, Maravilla, lanzó una frase: "Hno, el que no arriesga, no gana, y el que gana, festeja como se debe ¡Vamos, locos, hoy ganamos el partido y después festejamos como campeones!" "¡Yeeeeepujuju!"

Con eso entramos a la cancha.

El encuentro comenzó con una intensidad inesperada, a pesar de que los Huaycos ya estaban clasificados. El dominio del balón lo tuvieron desde el inicio, con la magia de Bustulus, que desde el mediocampo manejaba los hilos del juego, poniendo en apuros a la defensa de los Chinpandolfos, que, como siempre, se apoyaba en la solvencia de su arquero, José Luis Iturri. Los Huaycos eran compactos, con Gabriel Ibañez y Diego Zenteno manteniendo la calma y distribuyendo bien el balón.

El primer gol llegó al minuto 22, cuando Oscar Varas recibió un pase filtrado de Bustulus y, con un derechazo cruzado, venció a Iturri, que poco pudo hacer a pesar de su habitual seguridad. El partido continuó con los Huaycos controlando, mientras los Chinpandolfos intentaban sorprender con la velocidad de Maravilla Arellano y Demonio Lema. Ambos delanteros, rápidos como rayos, pero les costaba penetrar la muralla defensiva de los Huaycos, bien organizados con Zenteno y Bustamante atrás.

Sin embargo, los Chinpandolfos seguían insistiendo, y la magia del mediocampo aparecía conmigo y Sami distribuyendo el juego. Fue entonces, en un contragolpe letal, que Franz Bustamante marcó el segundo para los Huaycos. Recibió un pase preciso de Ibañez, avanzó solo, y soltó un cañonazo que dejó a Iturri clavado al suelo, ¡un golazo!

Pero los Chinpandolfos no se rindieron. Al minuto 75, Gonzo, aprovechando un error en la defensa, descontó con una jugada individual que dejó a todos boquiabiertos, burlando a dos defensores y rematando cruzado. La presión de los Chinpandolfos aumentó, y Maravilla Arellano tuvo otra oportunidad clara, pero Grover su arquero bloqueó su disparo a tiempo.

Los Huaycos, ya clasificados, jugaron con calma, controlando el balón y dejando que el tiempo pasara, confiados en su pase a la siguiente fase. Los Chinpandolfos, sin embargo, no dejamos de luchar ni un segundo, y gracias a nuestra entrega, pudimos asegurar la clasificación por diferencia de goles. ¡Qué ironía! Yo jugué todo el partido, corriendo hasta el último minuto, mientras Flash, que estaba en la banca, me miraba tranquilamente. A lo que

me dijo, 'No te preocupes, Bomba, todo bajo control. La estrategia es guardarme para lo importante'. Jaja, claro, esa era la estrategia... aunque sospecho que las bebidas que corrían entre los suplentes tuvieron algo que ver. Pero bueno, al final, con o sin 'estrategias', lo importante fue que logramos lo que queríamos y nos aseguramos la clasificación, ¡como siempre!

Parelelamente los Montoneros también ganaron 5 - 0 a los Tumas, sin embargo no les alcanzó debido a el resultado que tuvieron contra los Huaicos.

Mientras tanto en el otro grupo jugaban Bandoleros - Farrosos y nuestros amigos de La Nueva se jugaban su clasificación contra los Bravuvatos.

Los Bandoleros empataron con los Farrosos, ellos llegaron a este partido con la tranquilidad de saber que ya estaban clasificados. Un empate los aseguraba en la cima del grupo, así que, aunque dominaron, no arriesgaron demasiado. Moco Lora jugó cada balón con esa garra que lo caracteriza, mientras que Toto Paniagua intentaba romper la defensa rival con su exquisita gambeta. Pichón Soruco, siempre en el lugar preciso, estuvo cerca de definir varias veces, pero se topó con una defensa de Los Farrosos que no cedió ni un centímetro. Pato, incansable en el ataque, y Taca, sólido en la defensa, fueron claves para mantener el arco en cero. Además, Adrian Bejarano, fuerte de las bandas, intentaba desequilibrar con sus corridas, pero los Bandoleros, fieles a su estilo, se mantuvieron ordenados atrás. Al final, el 0-0 fue suficiente para que los campeones mantuvieran el primer lugar del grupo sin poner en riesgo su clasificación, mientras que Los Farrosos lograron un empate que, aunque no les sirvió para avanzar, les dio la satisfacción de frenar a los invencibles Bandoleros.

Entre tanto en el otro duelo, La Nueva y los Bravuvatos ofrecieron un verdadero partidazo. Plano, la estrella de La Nueva, abrió el marcador con un golazo que dejó sin palabras a la defensa rival. Sin embargo, Hurco, con esa frialdad característica, no tardó en empatar el partido para los Bravuvatos con un remate seco. Ruso, el gladiador de La Nueva, se trenzaba en el mediocampo, imponiendo su físico para recuperar balones y proteger a su equipo, mientras Apa intentaba distribuir el juego y controlar el ritmo del partido. Plano volvió a aparecer para adelantar a La Nueva con un segundo gol brillante, pero cuando parecía que tenían el partido en el bolsillo, Alico Peñaloza apareció para empatar el encuentro 2-2 en los minutos finales. Fue un duelo cargado de emociones, donde ambos equipos dieron todo hasta el último segundo.

Después de la batalla épica en la cancha, era momento del plato fuerte de nuestra jornada: el campamento en Tolomosa.

Mi hermano, si te contara... pero no sé si estás listo para esta joyita. Lo que vivimos en ese campamento en Tolomosa no fue joda, fue poesía pura, un festival de locuras, un carnaval de pendejadas.

Ya caía la tarde, la plazuela del Barrio del Molino se convirtió en el punto de encuentro. Un desfile de personajes fue llegando, cada uno con su propio estilo, su equipo y su estrategia para enfrentar la aventura, éramos toda la banda más los personajes más destacados de la Nueva.

Algunos parecían listos para una expedición al Everest, con mochilas gigantes, linternas de última generación y provisiones gourmet: jamones, quesos, aceitunas, champiñones. Otros, más prácticos, confiaban en la improvisación y en la misericordia divina.

Yo, fiel a mi esencia, me aseguré de llevar lo justo y necesario: un buen sándwich de milanesa. Porque en esta vida, hay cosas que nunca fallan.

El transporte fue un poema. Las movilidades empezaron a caer. Gonzo llegó rugiendo con su bugui, acompañado de Chacho, Renato, Piraña y Puma Arce. Una escena digna de Mad Max.

—"¡Subite si te animás, Bomba!"— me gritó Gonzo, con esa sonrisa de loco lindo que siempre tiene.

—"¡Ni en pedo, hermano! Yo cuido mi vida."— le respondí, riendo.

A los pocos minutos apareció Lorjuan con su camioneta infaltable, la que había sobrevivido más fiestas que cualquiera de nosotros. Me subí con él, junto con Mauricio (que misteriosamente ya tenía asegurado el asiento delantero), Collini, Maravilla y Ardi Montero.

Nadie más quiso arriesgar su movilidad. El campo y el río eran traicioneros, y si la corriente crecía, cualquier auto podía desaparecer. Pero curiosamente, esos peligros nunca nos preocupaban cuando se trataba de nosotros mismos.

—"Si el río se lleva algo, que sea a Flash."— bromeó Félix, provocando carcajadas.

Cuando Gonzo propuso llamar un taxi para los que no entraban en las movilidades, Flash, con su lógica impecable, preguntó:

—"¡Para! ¿Y cómo van a volver los del taxi?"

A lo que Félix, indignado por la falta de espíritu aventurero, respondió:

—"¡Parió! ¡Ya se ve! Volvemos haciendo dedo, por último. ¡Dios proveerá! No seas tan fresa, hermano."

Todos reventamos de risa. Esa era la esencia del viaje: no pensar demasiado y dejar que la noche nos llevara.

Pasando el puente San Martín, nos encargaron la misión de abastecernos. Nos metimos a un almacén y cargamos el armamento bélico: cervezas, fernet, ron, hielo y todo lo necesario para la noche.

—"Esto es más peligroso que el partido de hace rato."— dijo Mauricio, mirando la cantidad de botellas.

Pero no había marcha atrás.

Cuando por fin llegamos al lugar exacto, el río nos recibió con su sonido hipnótico. La luna ya se reflejaba en el agua, como si nos estuviera guiñando un ojo, cómplice de nuestras fechorías.

Los que habían llegado antes nos esperaban con las bebidas en alto, como piratas brindando tras un saqueo exitoso.

No faltaba nada: las heladas bien frías, el armamento bélico que conseguimos pasando el puente San Martín, y, sobre todo, las ganas de vivir una noche que prometía ser de aquellas que se cuentan una y otra vez, con exageraciones y detalles inventados con el tiempo.

—¡Hermanos, esto va a ser épico!"— exclamó Lorjuan, mientras descargábamos las cosas de su camioneta.

Y claro que lo sería.

No habíamos terminado de instalar las carpas cuando Tavo Córdoba sacó una pelota de fútbol americano. Langosta, que ya estaba metido en el personaje de entrenador, armó los equipos con la precisión de un maestro de ajedrez.

El partido arrancó con un sol que empezaba a bajar, tiñendo el cielo de un anaranjado perfecto. A primera vista, todo parecía normal, pero en cuanto sonó el "¡YA!", el caos se desató.

Puma y Piraña, con su porte de gladiadores, embestían sin piedad. Flash corría como si tuviera el diablo atrás, y Collini, con su eterna cara de estratega, trataba de darle algo de orden a la locura.

Y ahí estaba yo, Bomba Vaca, con una velocidad que (según yo) dejaba a todos boquiabiertos. En mi cabeza, era imparable, el MVP indiscutido. Atrapé un pase de Langosta en pleno sprint y corrí como alma que lleva el diablo.

—¡Páralo, carajo!"— gritaba Chacho.

Pero ya era tarde. Esquivé a Flash con un amague hermoso (según yo), dejé atrás a Renato y, con una entrada triunfal, marqué el touchdown definitivo.

—¡Bomba, maestro!"— gritó Juanpis.

—¿Vos viste esa jugada, hermano?"— le dije a Maravilla.

—"Sí, sí... increíble... Qué manera de caerte después."— me respondió entre risas.

El partido terminó con todos revolcados en el pasto, muertos de risa. No importaba quién ganó, porque el verdadero premio era la gloria de haberlo jugado (y sobrevivido).

Fue un show de pases errados, caídas ridículas y más risas que un especial de comedia.

Con la noche bien instalada, la fogata de Piraña y Enrique chispeaba en el centro de nuestro pequeño campamento. Las sombras bailaban sobre los rostros de todos, y las primeras notas de la guitarra empezaron a llenar el aire.

Félix, como siempre, fue el primero en agarrarla, sacando unos hits para levantar la noche.

—"Pasen agüita pal canario."— dijo, y comenzó con La Bifurcada, Tan solo de los Piojos y Niño Hereje.

Cantamos con el alma, con la garganta llena de emoción y la nostalgia de aquellos veranos eternos en Tarija. Luego, Piraña tomó la guitarra y el repertorio se fue por las clásicas: Volviendo al Pago, La López Pereyra, Tramposo, entre otros, pasándole la guitarra al final a Carrasco.

Pero la cumbre de la noche llegó cuando Ovillo agarró la guitarra y sacó los temas prohibidos, entonamos varios himnos, y el que siempre cantábamos cuando la emoción nos superaba.

Las voces se alzaron al cielo, y por un momento, el río pareció detenerse para escucharnos.

Esas Guitarreadas siempre nos hará recordar que ni el tiempo ni la distancia nos separarían jamás.

Cuando la euforia de la música bajó un poco, algunos comenzaron a comer. Todo iba bien hasta que, de repente, Luisfa, que había sacado sus quesos y jamones con la elegancia de un conde en un banquete, notó algo raro.

—"Che, ¿y ese envoltorio de pollo? ¿Alguien se comió un pollo?"— preguntó con la frente fruncida.

—"¡El pollo de Ardi!"— gritó Ñaño.

El ambiente se puso tenso por dos segundos, hasta que Ardi, se lanzó a la comida de otro, generando un efecto dominó.

Lo que vino después fue un manicomio. Nadie tenía ya comida propia, todo era de todos. Era una guerra de supervivencia con risas de fondo. En medio del despiole, Gonzo, con la mano en alto, como un testigo en juicio, declaró:

—"Yo sé quién se comió el pollo..."— pausa dramática, miró a Flash, rió y remató— "¡Pero jamás lo diré!"

Acto seguido, los dos se acusaron mutuamente, como dos niños atrapados con la mano en el frasco de galletas.

Ya en la media noche, el ambiente se relajó y comenzaron las anécdotas. Nos cagábamos de risa hablando de los partidos, de lo que se venía, cuando de repente alguien notó algo extraño.

—"Che, ¿y Wallace y Flash?"—

Desaparecidos.

Y cuando finalmente aparecieron, Flash venía casi cargando a Wallace, renegando como si hubiera cruzado el desierto del Sahara con él.

—"¡Este cabrón se cayó en una acequia!"— exclamó Flash.

Resulta que Wallace, en su infinita desesperación por comer algo decente, se había emperrado en caminar hasta el pueblo. Flash, con un sentido del deber que ni él entendía, decidió acompañarlo. Y ahí fueron, dos idiotas en la oscuridad, sin saber que el camino era una joda de kilómetros.

Todo iba relativamente bien hasta que en plena caminata, en la oscuridad absoluta, Wallace desapareció en un grito:

—"¡Aaaaaah, la puta madre!"—

Cuando Flash se acercó, lo encontró en el fondo de una acequia, con el pie doblado.

—"Vamos a volver, Wallace."—

—"¡Ni en pedo! ¡Voy a comer!"—

Y así, con Flash medio cargándolo, llegaron hasta un puesto de hamburguesas que tenía una salsa picante tan dudosa como su higiene.

Según Flash, fue una tortura. Según Wallace, valió cada maldito paso.

Cuando regresaron, mojados y sucios, comenzó a llover. Como solo llevamos un par de carpas, nos metimos todos en la King-size que Agno LePatul había llevado. Ahí entramos la mayoría.

Pero, mi hermano, el problema fue que no solo estábamos nosotros... sino también una perrita que nos había acompañado toda la noche.

—"¡No jodan, no hay más espacio!"— reclamó Flash, pero Piraña, con una serenidad filosófica, respondió:

—"No se la puede sacar... está en gestación."

¿Era cierto? Nadie lo sabía. Pero el argumento nos ganó a todos y la perrita durmió mejor que nosotros.

Cuando Flash vio que no había espacio en la carpa, resopló y se levantó.

—"¡Ya fue, duermo afuera!"

Búho lo siguió de inmediato.

—"¡Yo lo acompaño, compadre!"

Juanpis los miró incrédulo, cruzado de brazos.

—"Se me hace que esa perra ni está en gestación."

Búho, con tono de experto, asintió con gravedad:

—"Yo creo que está fingiendo, bro. Esas perras saben cómo manipular a la gente."

Y así entre risas, los tres bajo un algarrobo imponente, armaron su propia guarida para seguir la fiesta y descansar.

Al día siguiente, la resaca era un nuevo integrante del grupo. La vuelta fue más desordenada que la ida, cada uno agarró el transporte que pudo. Algunos tuvieron suerte, otros nos volvimos haciendo dedo hasta que, en un golpe de fe, un buen samaritano con camioneta nos levantó.

Nos miramos, con ojeras, con olor a humo y trago, con el hambre todavía acechando, y solo pudimos reír.

—"Hermano, qué hermosa jornada."

Porque al final, eso es lo que importa. Las locuras, las historias, los amigos y saber que, pase lo que pase, si un día nos falta comida, alguien se la va a comer por nosotros.

La Semifinal - Gonzo

Al terminar la fase de grupos se definieron las llaves para las semifinales. Los primeros del grupo A, Bandoleros, se enfrentarían a los segundos del grupo B, los Chinpandolfos. En la otra llave, los primeros del B, Huaicos, se verían las caras con los Bravuvatos, segundos del grupo A. Y yo, Gonzo, apenas podía enfocarme en el juego que se venía, en ese momento, el fútbol era lo último en mi cabeza.

Esa mañana me desperté con un dolor de cabeza terrible y las quejas de mi hermano sonaban en la habitación como si fueran altavoces encendidos.

—¡No, Gonzo! ¡Destrozaste el auto! ¿Cómo vas a hacer eso? ¿Por qué?

Lo único que quería era descansar después de la noche que habíamos pasado, pero las quejas de mi hermano no me dejaban en paz. No podía evitar admitir que, al final, tenía razón; el coche estaba hecho pedazos. Sin embargo, era mi día de juego y, cansado o no, me iba a levantar. Hoy era la semifinal, y si algo tenía claro era que a esos tipos los iba a bailar en la cancha.

Me vestí rápido para evitar que mi mamá me viera y salí disparado a buscar a Félix para comenzar el trayecto hacia la plazuela Sucre, donde habíamos quedado con los demás. Llegué y ahí estaban todos, esperándome, con las risas listas para preguntar cómo me había ido en casa. A ninguno le faltó tiempo para reírse y lanzarme bromas.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Sami, burlándose.

Antes de que pudiera responder, Renato se adelantó con una sonrisa:

—Escuchen bien, hijos de puta, porque esto es de película.

Se aclaró la garganta, exageró su postura y arrancó su relato.

—La cosa es que estábamos aburridos anoche, era Lunes, y yo dije, “tengo unos morlacos de sobra; ¿por qué no los gastamos en un boliche de mala muerte? Así, por darle algo de emoción a la noche”.

Todos rieron. Yo suspiré. Sabía lo que se venía. Renato seguía contando riendo, y poco a poco va soltando los detalles:

—Así que nos salimos de la ciudad en la vagoneta de Gonzo con Flash, Chacho, Arellano y Bomba y nos vamos por la ruta vieja, buscamos un bar estilo de vaqueros jajajaja, lo encontramos bajando por un puente... terrible, así que entramos.

Alguien chifló. Renato sonrió.

—Por desgracia varios orinamos en unas champas antes de entrar al recinto. Adentro no fue la gran cosa.. Así que después de unas birras y unas carcajadas decidimos cambiar de boliche, pero al salir un mastodonte casi de 2 metros nos interceptar.

Renato se puso serio y entonó la voz del tipo:

—“¿Quién de ustedes se bajó los pantalones delante de mi hermana que esta afuera en el auto...”

—¡Ja, ja, ja! ¡Nooo, hermano! —gritó Bomba, llorando de risa.

Yo me reí amargamente. Sabía que después de esa frase, todo se fue al carajo. Renato prosigue:

—Nosotros nos quedamos sorprendidos

Pero el Tipo no se detuvo ahí; gritó a su amigo que traiga su arma y que nos iba a matar.

El grupo estaba en silencio, expectante.

—Ahí nomás corrimos como putas, pero el genio de Flash dice: “Para, Gonzo. No hicimos nada, hay que hablar, voy a hablar”.

Todos se miraron.

—Flash se da la vuelta... ¡y el tipo le mete un PLANTAZO en el pecho!

—¡JAJAJAJAJA!

—¡Hermano, voló como cinco metros!

—¡Nooo! ¡Flash es un idiota!

—¡Sigan, sigan!

—Ahí ya no tuvimos tiempo, así que corrimos al bosque por nuestras vidas...

En ese momento interrumpo yo:

— nooo y estos se hicieron pepa... Así que me oculte con Chacho en un arbusto y ahí escuché un disparo. La verdad, pensé que Flash ya estaba frito.

—En eso Chacho se desesperó y empezó a llorar por que nos iban a matar, yo le susurraba: “cállate, pelotudo, que se calmara qué nos van a encontrar y matar”, pero no, el chango no aguantó la presión y de un momento a otro, salió corriendo más adentro del bosque como alma que lleva el diablo.

—¡Jajajaja, el muy culiado se perdió solo!

—¡Gonzo! —escuché después de un rato. Era Flash, llamándome. Le respondí en un susurro: —¡Flash!

—Después de eso pudimos reunirnos con Flash detrás de unos arbustos. Desde ahí podíamos ver al tipo, todavía enojado, disparando al cielo... Terrible. ¡Qué manera de asustarnos! Nos quedamos quietitos, aguantando la respiración, y pensando en cómo íbamos a salir de ese.

—Cuando vimos un taxi que se acercaba por la carretera, supimos que esa era nuestra única oportunidad para rescatar la vagoneta. Así que lo paramos de un salto y, rogándole al chofer como desesperados, le pedimos que nos llevara cerca de la movilidad. Pero claro, el tipo no quería. Sospechaba que nosotros habíamos hecho algo o pensaba que éramos ladrones.

—¡El taxista se cagó de miedo!

—¡Obvio! Éramos unos locos escapando en medio de la nada. Nos miró sospechoso, pensó que éramos asaltantes.

—La cosa es que, mientras lo convencíamos, el desgraciado que nos estaba persiguiendo se subió a su auto y empezó a venir por la misma calle.

—¡La concha de la lora!

—No nos quedó otra opción que subirnos al taxi a la fuerza, casi obligándolo a arrancar. Íbamos rezando bajito mientras cruzábamos el auto del tipo. Yo sentía que en cualquier momento se nos venía el apocalipsis.

—Llegamos donde la vagoneta... hermano, el tipo nos había reventado las llantas para que no la movamos.

—¡Nooo, qué hijo de puta!

—Igual no lo pensamos dos veces, saltamos como locos hacia ella, nos metimos agachado, y después de varios intentos de prender la movilidad y rezar para que arranque, arrancamos como pudimos y partimos a toda velocidad sin importar de que las llantas estaban todas reventadas! Pero en ese momento no importaba nada, lo único que queríamos era alejarnos de ahí lo más rápido posible.

—Uaaaa, ¡fue terrible! Pero lo logramos. Íbamos a toda máquina, con el corazón en la garganta y el ruido de las llantas destrozadas acompañándonos. Y como si eso no fuera suficiente, en el camino nos encontramos al resto del grupo caminando por la carretera.

—Flash, todo dolido, no quería parar. Pero no podía dejarlos ahí tirados, así que frené, y subimos a todos a la vagoneta, como pudimos. Íbamos apretados como sardinas, pero felices de estar vivos.

El grupo estaba doblado de la risa. Pero Renato levantó un dedo, como diciendo “esperen, falta lo mejor”. Y seguí yo relatando.

—Cuando llegamos a casa, mi mamá nos recibió con el ceño fruncido, y antes de que pudiera decir algo, le contamos que nos habían asaltado. Uno por uno, los demás se fueron despidiendo, tratando de recuperar la compostura, pero mi mamá, en su sabiduría infinita, me soltó una pregunta que me heló el alma.

—¿Y Chacho? Sus papás ya han venido preguntando por él.

—¡Parió! Se me cayó el alma a los pies. ¡Nos habíamos olvidado de Chacho en el bosque! No lo podía creer.

—¡JAJAJAJAJA!

—¡Nooo, qué mierda!

—Tuve que ir a buscarlo con Renato de nuevo en un taxi, ¡catastrófico! La idea de regresar a ese bosque, me tenía al borde de un ataque de nervios. Llegamos, y ahí estaba Chacho, hecho un bulto detrás de unos árboles, aún asustado.

—¡JAJAJAJAJA!

—Y lo peor... ¡No quería salir! Decía que lo estábamos engañando, que lo íbamos a entregar al tipo para que lo atrape. ¡Qué kilombo!

—¡Nooo, qué hijo de puta! Agregó Chicho riendo.

—Renato y yo tuvimos que convencerlo con promesas, juramentos, y hasta un plan improvisado para que confíe en nosotros.

—Uaaa no dormí nada!

Cuando todos dejaron de reírse, miré el reloj. Ya casi era la hora del partido y aún no teníamos el equipo completo, así que salimos rumbo a la cancha en Tocoli, esperando que se sumaran los demás en el camino.

Bueno arrancamos los titulares en la cancha, con el retorno de Lema después de su ausencia por la roja en el anterior partido.

La tensión crecía mientras nos preparábamos para el gran enfrentamiento.

Arrancamos el partido con toda la energía, con Lema “El Demonio” de regreso tras su suspensión. La semifinal contra los Bandoleros tenía todo el ambiente de una final adelantada, ellos venían como campeones y nosotros como los retadores decididos a hacerlos caer. Desde el inicio el partido comenzó con un ritmo infernal, se notaba que iba a ser un duelo duro: la cancha, la afición y los nervios. Los Bandoleros traían lo mejor de su arsenal. Tenían a Moco Lora, que jugaba al borde de la falta, el tipo era un muro difícil de atravesar; también estaba Pincho Soruco, su delantero estrella, que no perdonaba cuando tenía una oportunidad clara; y por supuesto, Zamora, el maestro de las pelotas paradas y un enganche peligroso, que con sus pases siempre ponía en aprietos a nuestra defensa. La velocidad de Mister también era una amenaza constante. Nos enfrentábamos a un equipo que sabía aprovechar cualquier error.

En el primer tiempo, logramos llevar el control de la pelota en los primeros minutos, y en una jugada rápida por el centro, Felix filtró un pase que me dejó de frente al arco. Con un solo toque, burlé a Huevo Paz, y, sin pensarlo dos veces, saqué un disparo rasante que dejó al arquero sin posibilidades. ¡Gol! El 1-0 nos daba la ventaja, y el grito de la hinchada se sintió con fuerza. La euforia del primer gol fue enorme, pero sabíamos que los Bandoleros no se iban a quedar tranquilos.

Con el marcador a nuestro favor, la presión de los Bandoleros se hizo cada vez más intensa. Toto Paniagua comenzó a mover los hilos en el medio campo y, con cada pelota parada, ponía el peligro en nuestra área. En una de esas, casi al cierre del primer tiempo, lanzó un tiro libre que cayó justo a los pies de Pichon Soruco. El delantero aprovechó el descuido en nuestra defensa y, en un pestañeo, el balón estaba en el fondo de nuestra red definiendo de manera quirúrgica. El empate 1-1 era un golpe duro; habíamos hecho todo lo posible por mantener la ventaja, pero la habilidad de Toto para colocar los pases y la frialdad de Pichon para definir nos complicaron.

El primer tiempo terminó igualado, y sabíamos que nos esperaban otros 45 minutos intensos.

El segundo tiempo fue una guerra. Patas volaban, codazos llovían, y los árbitros parecían indiferentes a las faltas de los Bandoleros, y cada uno de nosotros estaba recibiendo lo suyo. A pesar de todo, la defensa se mantuvo firme. Toni y Piraña rechazaban cada balón que caía en el área, y nuestro arquero Iturri realizó paradas clave para mantenernos en el juego. Pero el cansancio empezaba a pesarnos, y cada entrada dura nos hacía perder energía.

Entonces, casi al final del partido, llegó el momento inesperado. En una falta en medio campo a Felix, Toni dejó que Bomba cobre la falta. Desde lejos, Bomba vio una oportunidad y, sin dudar, lanzó un potente disparo desde media cancha. La pelota voló directo hacia el arco, y el arquero de los Bandoleros no alcanzó a reaccionar.

¡GOOOOLAZO! ¡2-1!

Tensión.

Fue una obra maestra de Bomba, y la explosión de emoción en la cancha fue enorme. La ventaja estaba de nuestro lado.

Fue después de este golazo que finalmente decidí pedir el cambio. Los golpes y el cansancio me tenían sin energía, y esperaba que Flash estuviera listo para entrar. Pero ahí estaba, en la barra de suplentes, charlando y tomando con su novia y otros espectadores. Al verme acercarme, me miró entre risas y dijo: “¿Seguro? Mucha responsabilidad para mí, hermano”. No tuvo opción: se puso los botines y se preparó para entrar. Aunque al inicio pareció despreocupado, rápidamente entró en acción y comenzó a presionar a los rivales con su velocidad, obligándolos a cometer errores y asegurando que mantuviéramos el marcador hasta el pitazo final.

Cuando el árbitro dio por terminado el partido, la emoción estalló en nuestro equipo. Habíamos logrado una victoria heroica, y aunque salimos de la cancha adoloridos, sabíamos que cada golpe había valido la pena.

¡A LA FINAL, CARAJOS!

Uaaau qué día.

La gran Final de Tocoli

La mañana había comenzado con un ritmo extraño, como si el destino hubiera decidido añadirle una pizca de surrealismo al día más importante del campeonato. Ya paso navidad y llegó Culebro de Cochabamba un Chapaco Paceño de mi comparsa, nos levantamos a desayunar todavía arrastrábamos los excesos de la noche anterior y nos dirigimos a la cocina, donde nos encontramos con mi familia y el día dio su primer giro inesperado, noto algo extraño en todos, y además había periódico por todo el piso, entonces pregunto: —¿Y esto? ¿Desde cuándo tenemos mascota? ¿Pericos, conejos, o por qué el periódico en el piso??

Uf, no debí haber preguntado, todos saltaron diciendo —¡No, genio! ¡Anoche, tú! Mientras cocinabas, dejaste la cocina hecha un desastre. Pisaste el aceite y lo esparciste por toda la cocina.

.... No debí hacer eso.

Mi amigo y mi hermano no sabían si reírse o ocultarse.

Pero este percance no me debería desconcentrar de lo importante del día, jugamos nuestra gran Final en la tarde. Así que con la camisa arrugada y los botines listos, nos alistamos con todo para salir.

En estos momentos no sabía si me alistaba para jugar o para tomar disfrazado de futbolista. Lo único que sabía era que Culebro sí haría lo segundo.

Cuando llegó la hora, la plazuela Sucre fue el punto de encuentro para ir al partido que se desarrollaría en el complejo de Tocoli, organizándonos en las diferentes movilidades de los integrantes del grupo. Los Chinpandolfos aparecimos uno a uno, cada cual con su estilo, mezclando nervios y ese espíritu irreverente que nos hacía únicos.

Antes de arrancar, Enrique, siempre atento a los detalles y amante del show, nos pidió algo que nos dejó sorprendidos y riendo a la vez: al ingresar a la cancha debíamos posar para la foto del equipo con unas poleras promocionales de la fiesta de fin de año. Era, sin duda, una escena que solo a nosotros nos encantaba, hacer Show.

El trayecto hacia Tocoli fue largo, pero no tanto como mis pensamientos. Íbamos apretados en la vagoneta de Sami, con las ventanas abiertas y el aire seco golpeándonos la cara, aunque ni eso lograba despejar la tormenta que tenía en la cabeza. Mauricio que iba a mi lado, notó mi silencio. Él siempre atento a sus amigos, y cuando hablaba, daba en el clavo.

—Flash, ¡Estás raro, bro! —dijo mientras me pasaba una botella de agua.

Suspiré. Ya no tenía caso guardarme nada.

—Es que... terminé con Valeria.

Mauricio levantó las cejas y se acomodó en el asiento, curioso.

—¿Y eso? ¿Qué pasó?

Miré por la ventana, viendo cómo el paisaje seco en medio camino a Tomatitas se deslizaba rápidamente.

—No sé. Creo que la descuidé... Me metí de lleno en las fiestas, escapadas, en todo... y no le di la importancia que merecía. Y, bueno, no le gustó.

Mauricio asintió lentamente, como si estuviera procesando cada palabra. Luego, tras un silencio incómodo, lanzó su veredicto.

—jajaja la descuide, mirá, hermano, te voy a ser sincero: la cagaste.

Solté una carcajada seca, pero no por sorpresa.

—Sí, ya me di cuenta.

—Pero —continuó—, si algo aprendí es que uno no puede andar con mil cosas en la cabeza. A veces hay que elegir y enfocarse. Y si elegís mal, hay que asumirlo.

Me quedé callado, dejando que esas palabras calaran hondo. Tenía razón. Había elegido mal.

—¿Y cómo terminaron? —preguntó después de un rato, con más curiosidad que juicio.

—Bien, dentro de todo. Al menos no hubo bronca. Cuando nos despedimos, me dijo: “Que te vaya bien, campeón”.

Mauricio soltó una risa sincera, de esas que no se pueden contener.

—¡Ah, pero qué elegancia para mandarte a la mierda!

Me reí también, y por primera vez en días, me sentí más liviano.

Mientras la vagoneta avanzaba hacia el complejo de Tocoli a través del Bosquecillo de Tomatitas, sentí que algo se acomodaba en mi pecho. Lo que había pasado con Valeria ya era parte del pasado. Ahora, el presente era lo que importaba: ese partido. Esa final. Esa tarde en la que tenemos que salir campeones.

El comienzo del partido: choque de mundos.

Alineación de los Chinpandolfos: Iturri, Toni, Chicho, Piraña Arce, Langosta, Gambeta, Mauricio, Maravilla Arellano, Bomba, Sami y Lema, pudiendo alternar en cualquier momento, José Luis Gandarillas, Flash, Puma Arce, Ovilla Montellano y sorpresivamente Gonzo que aun no llega al complejo.

En tanto que Huaycos alinearía a Grover España, Wilson Salinas, Mauricio Exeni, Gubriel Ibañez, Daniel Fernández, Ricardo Rodríguez, Diego Zenteno, Franz Kohlberg, Oscar Varas

Franz Bustamante y Coco Uzqueda, pudiendo entrar luego, Ariel Arce, Juan Pablo Rodo y Javier Ayala

El silbato inicial marcó el comienzo de una batalla desigual. Los Huaicos, con su alineación poderosa, mostraron desde el primer minuto por qué eran los favoritos. Bustamante, el jugador que todos sabían que marcaría la diferencia, no tardó en dar un espectáculo. Apenas corrían cinco minutos cuando, tras una jugada magistral, Zenteno abrió el marcador.

Nosotros, los Chinpandolfos, estábamos desorientados, tratando de adaptarnos al ritmo frenético del rival. Toni y Chicho, nuestros pilares defensivos, se multiplicaban para detener los avances de los Huaicos, pero el talento de Bustamante era imparable. En el minuto quince, con una finta sublime, dejó a Langosta y a Félix tirados en el césped antes de disparar desde fuera del área. Fue un gol que dejó en silencio hasta a nuestra hinchada.

El segundo tiempo: el orgullo contra el talento

Con un marcador de 2-0 en contra, volvimos al campo con la esperanza de una remontada. Gonzo, que llegó tarde por lesión, entró al campo decidido a cambiar la dinámica del partido. Su presencia fue un alivio temporal, pero su cuerpo no estaba listo para el desgaste. Pocos minutos después, tuvo que retirarse, dejando un vacío en nuestra ofensiva.

Mientras tanto, Bustamante seguía haciendo estragos. En una jugada colectiva, con toques rápidos y precisos, el balón llegó a sus pies, y con una serenidad insultante, asistió a Fernández para el tercer gol.

A pesar del marcador, no dejamos de luchar. Lema tuvo una oportunidad clara tras un pase de Arellano, pero su disparo se fue apenas desviado. La hinchada, que incluía a amigos, familiares y comparsas, no dejó de alentarnos. Aunque sabíamos que el partido estaba perdido, nuestro orgullo nos mantenía de pie.

El momento que lo cambió todo

Faltaban quince minutos cuando Lema, exhausto, me miró desde el campo y gritó: —¡Flash! ¡Es tu momento!

Con los nervios a flor de piel, entré al campo. En mi primera jugada, Gambeta Felix me dio un pase perfecto. Corrí hacia el área, con el arquero a la vista. Era mi oportunidad, pero mi disparo salió desviado. La frustración apenas duró unos segundos porque Bomba, en una jugada de genio, me mandó un pase en profundidad.

Con el balón controlado dentro del área, sentí la presión del arquero en mi espalda. Sabía que no tenía tiempo para girar. Entonces, en un instante de inspiración, saqué un taco inesperado. El balón viajó directo a una esquina del arco, lejos del alcance del arquero.

La hinchada explotó mientras mis compañeros me abrazaban. Fue un momento que quedó grabado en mi memoria, no solo porque era mi primer gol en un campeonato oficial, sino porque significaba algo más. En medio de la derrota, ese gol era nuestra victoria.

En el cierre del partido, el silbato final llegó con un marcador contundente: 6-1. Los Huaicos celebraban su título merecido, y Bustamante fue coronado como el mejor jugador del partido. Nosotros, los Chinpandolfos, aceptamos la derrota con la frente en alto.

Esa noche, en medio de risas y anécdotas, nos olvidamos del marcador. Mi gol, ese pequeño destello de gloria en un partido complicado, se convirtió en el centro de la celebración. Brindamos por el esfuerzo, por el fútbol y, sobre todo, por el verano inolvidable que habíamos vivido.

Ahí, entre abrazos y bromas, nació la idea de contar esta historia. No solo por el gol, sino porque ese verano nos enseñó algo importante: la felicidad no está en los trofeos, sino en los momentos que compartimos. En las derrotas que se celebran como victorias y en la gloria de saber que, pase lo que pase, siempre tendremos el fútbol y la amistad para olvidar cualquier problema.

FIN



Equipo Chinpandolfos al término de la Semifinal



Club Atlético San Roque, cancha García Agreda



Bravucos en la García Agreda



Huaycos después de la Semifinal, cancha Tocoli



Bandoleros después de la Semifinal, cancha Tocoli